

Apropósitos

(De *El Sol*, Madrid)

El vuelo hacia América

YA está terminado, según el testimonio gráfico de *Die Woche*, de Berlín, uno de los zeppelines que harán el servicio entre Sevilla y Buenos Aires. Cuando el primero de ellos cruce la distancia entre uno y otro hemisferio, su viaje será, sin duda, el acontecimiento más importante de la época. No sólo porque ganará un *record* de navegación aérea, hecho también de gran importancia en un momento en que las miradas de la humanidad siguen anhelantes a los hombres que se han lanzado a envolver en un vuelo la cintura del mundo, sino particularmente, por su trascendencia política.

Entre España y la América española, es decir, entre el mundo español, se interponen ahora, desarticulándolo, los veinte o veinticinco días de navegación marina. Muchos de los fenómenos sociales que se realizan a uno y otro lado del mar pueden explicarse por este desgarramiento del conjunto nacional. Yo lo digo así, porque no puedo comprender, a diferencia de los predicadores del hispanoamericanismo, que se hable de España y de América como de dos entidades distintas. Más exacta me parece, en vez de una división nacionalista, una división ideológica. De este modo se lograría, por lo menos, dándole a las denominaciones el sentido que tuvieron a principios del pasado siglo, descubrir que un español puede representar exactamente a América y un americano a España. Si comenzáramos a decirlo tal vez conseguiríamos sentirnos inmediatamente más unidos y más separados de lo que nos hacen creerlo las otras sugerencias.

Pero tampoco ganaríamos gran cosa con el esclarecimiento teórico. La teoría, en realidad, no ha logrado aun, ni en España ni en América, esclarecer ningún problema político. Lo que hace falta es que los problemas se esclarezcan objetivamente. Que los pueblos españoles de ambos lados del Atlántico tengan la sensación física de su contacto. Que las palabras lleguen calientes a los oídos de uno y otro, y que ambos perciban los latidos de su sangre. Entonces, cuando se suprime la anestesia de los veinticinco días de viaje, y nada más que en tres vayan y vengan los hombres y los diarios, el acontecimiento de aquí será el de allá y viceversa.

Lo más trascendente de lo que ocurrirá en seguida será la unificación de la cultura occidental. Porque, hasta ahora, la América española es un fragmento de la cultura europea, escindido de Europa. Esto lo sabe quien sepa que muchas ideas de nuestra edad no han pasado todavía el mar, y esto ocurre por la sencilla razón de que hace cincuenta años la vida espiritual de los pueblos de Europa se elabora en los periódicos, y nadie, ni en América ni en ninguna parte del mundo, es capaz de leer un periódico con un mes de retraso. Para que América sienta íntegramente a Europa es necesario que la multitud americana—la multitud, no unos cuantos escogidos—lea los periódicos europeos, y para que los lea es indispensable que lleguen a ella con el vahído de las prensas.

Al señalar este aspecto de la comunicación interoceánica se dice desde luego que España es el nexo ineludible entre ambos continentes. Ninguna de las tonterías americanas podrá impedir nunca que, cuando en América se diga Europa, se diga ciertamente España. Sobre todo, porque la América española no tiene ni puede tener otro medio de comunicarse con Europa que por intermedio de España, de la misma manera que el Canadá y los Estados Unidos necesitan fatalmente de Inglaterra como intermediario.

Los vuelos políticos

Según voy caminando por las tierras de Portugal me sorprende en los pueblos y en las ciudades el entusiasmo por la hazaña de los aviadores Brito Pais y Sarmiento de Beires y el mecánico Gouveia, que han hecho el *raid* aéreo de Lisboa a Macao. El acontecimiento se celebra en todas partes como un suceso superior a los trances políticos y a los triunfos deportísticos. El pueblo advierte que no se trata de un simple deporte ni de un acto de valor. Un pueblo tan agudo para distinguir el horizonte espiritual de la patria como el portugués no puede equivocarse en su entusiasmo. Cuando las erogaciones para celebrar la vuelta de los aviadores se nutren copiosamente con los escudos de los ricos y con los centavos de los pobres, no es posible ver en el desprendimiento popular nada más que un homenaje a los héroes. Lo mejor es detenerse un instante a observar el significado mismo de la empresa. Particularmente si él, como ahora, no atañe sólo a un país sino a uno de los grandes conjuntos raciales de la Humanidad.

Desde luego, el *raid* de los aviadores portugueses, nada más que como *raid* aéreo, tiene una importancia de segundo orden. Cuando uno de los aviadores que están intentando la vuelta al mundo logre su propósito, tampoco podrá señalársele una gran trascendencia al suceso. Porque el acortamiento de las distancias entre los hombres no tiene mucha importancia si no sirve para unir a los que desean realizar una obra de mejoramiento humano. Los aviadores que vuelan en torno al mundo no tienen otro propósito que volar. La ruta que descubran puede servir, tanto para mejorar a los hombres como para destruirlos. Las consecuencias de sus vuelos son todavía imprevisibles. Ellas serán, sin duda, las que los valoricen. Pero, entre tanto, no tienen otro valor que su estricto valor experimental.

Los vuelos de los aviadores portugueses tienen, en cambio, una intención superior a la de trazar un nuevo camino en el mundo. Los aviadores portugueses vuelan para unir a los grupos dispersos de una misma raza. Para darle unidad activa al conjunto racial. Los antiguos navegantes de Portugal y de España descubrieron las tierras en las que había de dispersarse la raza. Los aviadores de hoy, reduciendo a horas las distancias de meses, la conglomeran otra vez y le dan una potencia inesperada a sus conquistas terrestres. Por esto, sus vuelos, antes que experiencias científicas o actos heroicos, son acontecimientos históricos.

Para los pueblos iberos de Portugal, de España, de América y de Asia no puede haber actualmente suceso político más importante que el vuelo sobre los mares. Cuando los *zeppelines* vayan regularmente de Sevilla a Buenos Aires, y los vuelos de los aviadores portugueses se hagan cotidianos, el poderoso impulso que adquirirá la acción política de la raza borrará hasta el triste recuerdo de los incidentes actuales.

Coimbra

La emoción del hispanoamericanismo

Sin duda, el señor que ha tenido la bondad de escribirme desde Bilbao, comentando mi artículo *El vuelo hacia América*, tiene un sentido poético de la vida. Concibe el hispanoamericanismo como una armonía de la Naturaleza. La compenetración del hombre con la tierra. Pero si el hombre no puede arraigar en el suelo y recibir directamente en sus venas la savia de la patria, puede, en cambio, sembrar un árbol, y regarlo, y podarlo, y sentir a su contacto que los estremecimientos internos de la tierra nacional llegan hasta su alma por las ramas del árbol y las puntas de sus dedos. Mi corresponsal, español nati-